

## LA REINA DEL GUADARRAMA

El viento gélido de la mañana me roza las alas y me recuerda que estoy viva. Cruzo el cielo con la libertad de quien nunca ha conocido el peso de las jaulas, con la certeza de que el horizonte no es una línea, sino un latido eterno. Sobre la sierra de Guadarrama soy un susurro de los dioses, una sombra fugaz que se desliza entre las montañas como un deseo imposible.

Desde la Cuerda Larga, esa columna vertebral de roca y silencio, mi mirada se desliza como un cuchillo de obsidiana sobre los cordales montañosos. Allí, donde las Cabezas de Hierro resisten el paso del tiempo como dos centinelas de granito, escucho la melodía de la brisa, una canción antigua que lleva nombres olvidados y secretos que nunca serán pronunciados.

Aleto con la solemnidad de quien sabe que el vuelo es una forma de escribir en el aire. Me dejo llevar hasta el puerto de Navacerrada, donde la tierra y los sueños se confunden. Allí, donde la realidad se rinde y se deja moldear por el deseo, soy un barco de plumas navegando corrientes invisibles. Bajo hasta el valle del Lozoya, donde los ríos cantan en voces de plata y los ciervos se disuelven en la niebla como versos inconclusos.

El aire me lleva hacia la Mujer Muerta, esa montaña que duerme con los párpados de piedra entreabiertos. Desde su descanso de siglos, observo el valle del río Moros, un hilo de agua que cose el tiempo con puntadas de espuma. Allí todo transcurre con la lentitud de los sueños, con la paciencia de quien ha entendido que la eternidad no tiene prisa.

Desciendo, y mi sombra acaricia los montes-isla, esos faros de piedra en un mar de tierra. El Cerro de Las Cardosillas, Matabueyes y Caloco en la vertiente segoviana, la Sierra de la Cabrera y Las Machotas en el lado madrileño... Todos ellos son palabras grabadas en roca, versos de un poema que solo el viento puede leer.

Antes de fundirme de nuevo con el azul infinito, sobrevuelo la presierra, donde la altitud se deshace en suspiros y el verde se abre como una carta sin destinatario. Allí, en la frontera entre la montaña y la llanura, la vida brota con la intensidad de una despedida que sabe que siempre volverá.

Y mientras surco el viento con la cadencia de un verso, con mis alas abiertas como páginas de un libro antiguo, rememoro la historia, que me lleva hasta aquel día de mil novecientos veintitrés en el que, con la fuerza de un susurro convertido en grito, la

Sociedad Deportiva Peñalara encendió la esperanza de un Parque Nacional en la Sierra de Guadarrama, un sueño escrito para no desvanecerse.

Fueron estos los primeros versos de un poema más extenso, fragmentos de un esfuerzo por preservar la esencia de la sierra. La Pedriza, escultura de granito esculpida por el tiempo; el Pinar de la Acebeda, un bosque donde los sueños encuentran sombra; Peñalara, la cima que besa el cielo con la humildad de lo eterno. Pero aún quedaban estrofas por escribir.

Los años avanzaron y, con ellos, nuevas palabras se sumaron al poema. En los años ochenta, nacieron nuevas figuras de protección: el Parque Regional de la Cuenca Alta del Manzanares, el Parque Natural de la Cumbre, Circo y Lagunas de Peñalara, y el Parque Natural Sierra de Guadarrama en dos mil diez. Cada una, un verso que acercaba el final de la historia.

Y al fin, en dos mil trece, se puso el punto final a esta larga espera: el Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama fue una realidad, y todos cuantos moramos en ese mapa pintado por el hombre, comenzamos sin saberlo, a vivir más protegidos y seguros.

Desde lo alto, mis ojos recorren sus casi treinta y cuatro mil hectáreas, un abrazo entre Madrid y Castilla y León. Veo cumbres que susurran al viento, bosques donde el tiempo se detiene, lagunas que reflejan la memoria del mundo.

Pero en este refugio de eternidad, no solo las montañas y los ríos trazan la esencia del paisaje. La vida palpita en cada rincón, y mis alas rozan la cima donde el abedul y el pino silvestre desafían el paso del tiempo, buscando el nido donde mis hijos esperan. Más abajo, en los bosques sombríos, el tejo y el acebo se alzan como guardianes ancestrales, mientras la jara pringosa y la retama dorada salpican los senderos de aroma y color.

Entre las ramas y los cielos, mis primos alados comparten este hogar: el buitre negro, planeador de sombras; el halcón peregrino, atravesando veloz la vastedad azul; la cigüeña negra, viajera de las estaciones. Más abajo, donde el silencio se quiebra en el murmullo del sotobosque, descubro al lobo ibérico, furtivo y esquivo, y al escurridizo gato montés, felino de mirada antigua. El ciervo, el corzo y la cabra montés también aparecen fugaces ante mis ojos en las laderas, con la elegancia de quien ha nacido para la montaña.

Sobrevuelo mi mundo de águila imperial con la certeza de quien sabe que es donde quiere vivir. Sé dónde se esconde la brisa cuando el sol incendia las cumbres, conozco el idioma secreto de los árboles y he aprendido que el silencio es la única verdad que nunca miente.

Desde aquí arriba, la sierra de Guadarrama se despliega como un poema antiguo, escrito con la tinta verde de los pinares y la cal blanca de la nieve. Un poema que el hombre, a veces, olvida leer.

Me elevo sobre los caminos y me encuentro con cicatrices donde antes había piel. Huellas que pesan más de lo que deberían, latidos que no saben escuchar. Veo el agua temblar bajo el peso de la indiferencia, la tierra sostenerse con las manos rotas.

Dicen que esta es tierra protegida, pero ¿qué significa proteger cuando la mirada no entiende lo que toca? Un nombre en un mapa no basta, un límite trazado no salva. Lo único que salva es el compromiso de quien camina sin olvidar que el suelo que pisa tiene memoria.

Pero aún hay días en que la esperanza levanta el vuelo conmigo. Cuando un niño señala al cielo con la inocencia de quien todavía cree en la magia. Cuando alguien recoge lo que otros dejaron atrás sin darse cuenta de que cada gesto es una suma en esta lucha común por conservar el planeta. Cada gesto cuenta, suma, hace renacer mi creencia en que, tal vez, el desarrollo sostenible sí sea posible.

Quizás algún día el hombre aprenda a mirar sin prisa, a quedarse sin dañar, a ser parte sin poseer. Tal vez descubra que proteger es amar y que quien ama no deja heridas a su paso.

Hasta entonces, seguiré volando. Testigo del viento, guardiana de este paraíso que no quiere ser olvidado, surcando el aire como un canto a la naturaleza, siendo parte de esta historia que nunca dejará de escribirse. La Sierra de Guadarrama, al fin, es un refugio sensible y delicado, un poema natural cuyos versos, irremediabilmente, deben escribir también los humanos, si quieren conservarlo.

FIN

ROSA PARKS